

José Emilio Pacheco: el narrador como sociólogo



Fotografía: CIDHUAM

Enrique González Casanova

JOSÉ EMILIO PACHECO PERTENECE A LA GENERACIÓN de medio siglo que ya muestra en muchos aspectos una cultura esencialmente urbana, alejada de la vehemencia revolucionaria, de la guerra cristera y de las asonadas militaristas propias de los primeros años del siglo veinte. Él y muchos de sus contemporáneos forman parte de las primeras oleadas de estudiantes formados ya en Ciudad Universitaria, ubicados en el contexto de los años duros de la Guerra Fría, habituados al carácter cada vez más mediático de la sociedad, primero con el cine y la radio y, desde la primera mitad de los cincuenta, con la televisión, familiarizados con los procesos de modernización y sus apologías oficiales, testigos de los cambios sociales que, eventualmente, conducirían al país a tener, desde 1961, cada vez más pobladores en las zonas urbanas, demiurgos de transformaciones capaces de alterar aspectos hasta ese momento esenciales del tejido social sin tocar mayormente las causas de una pésima distribución del ingreso cuya manifestación más evidente resulta en la inequidad y la injusticia para los sectores más numerosos de la población.

Como narrador, Pacheco no es indiferente al entorno que le rodea. Quizá uno de los aspectos más interesantes en su narrativa de ficción sea la relacionada con el manejo de tiempos y espacios y, a su vez, con las historias de vida de varios de sus personajes todos ellos en el desempeño de roles sociales donde experimentan y participan en mutaciones y transformaciones —con y sin su venia— en una combinación de escenarios íntimos y generales marcados por un fenómeno de extensa y compleja magnitud denominado modernidad. A diferencia de algunos escritores contemporáneos suyos, los personajes de Pacheco no han sido caricaturizados ni exagerados sino, más bien, se distinguen por estar contruidos a partir de un rigor analítico que no especula con el conocimiento ni pretende hacer bromas al exagerar estereotipos.

En *El principio del placer*, obra editada originalmente en 1972 y reimpressa con una nueva versión en 1997, Pacheco da vida a un conjunto diverso y plural de personajes quienes, en sus expresiones internas y externas, se definen por una serie de actos y conductas propias de seres sujetos a los vaivenes impuestos por cambios —algunos de ellos pausados, otros abismales— de un país cuyo destino se perfila hacia un dinamismo de efectos azarosos y difíciles de comprender.

Los retratos sociales y psicológicos de Pacheco en prácticamente cada uno de sus personajes son magistrales en la medida que definen particularidades de la modernidad a la mexicana donde el tránsito de lo rural a lo urbano, de lo estático a lo dinámico, de lo agrario a lo industrial y los servicios constituyen situaciones que habrán de alterar de una vez y para siempre un conjunto de estructuras hasta ese momento sometidas en buena medida a una marginalidad global. No obstante, el impacto de las nuevas situaciones se encuentra alejado de un bienestar compartido y, menos aún, de la consecución de justicia y dignidad de los seres humanos.

El trabajo narrativo de Pacheco se acerca con sobriedad y precisión analítica a obras ya clásicas del pensamiento sociológico como son, por ejemplo, los trabajos de C. Wright Mills y Erving Goffman, obviamente, creadores contemporáneos suyos.

Con Mills comparte la crítica a una modernidad que privilegia lo material por encima de lo humano donde el consumo termina por imponer condiciones a costa, inclusive, de las libertades individuales que el nuevo orden se ha cansado de elogiar. Con Goffman, puede coincidir en la creación y recreación de marcos referenciales micro en los que se analiza a profundidad los componentes del espacio social en sus partes frontales —expuestas a todo público— y traseras —casi siempre escondidas al escrutinio— donde, de todos modos, se hacen evidentes aspectos sumamente sensibles de la interacción social.

El principio del placer cuenta con personajes obsesionados por defender un espacio propio a partir de la nostalgia y un esfuerzo agotador, casi siempre infructuoso e impotente, por mantener a toda costa sus valores en medio de una dinámica social que los hace inoperantes. Su fuerza reside en su fragilidad porque los efectos del cambio llevan tal intensidad que los obliga a entrar en los nuevos contextos aunque trascienden con su bagaje cultural y sus creencias: están actuando en escenarios hasta ese momento desconocidos provistos de un *hinterland* con el cual interpretarán y, en su caso, decodificarán la vida urbana.

México, desde el fin de la Segunda Guerra Mundial hasta el ocaso de los años sesenta del siglo veinte, habrá de registrar importantes corrientes migratorias internas, la mayoría de ellas hacia la ciudad capital. La principal urbe del país se expande y surgen asentamientos de todo tipo. De Las Lomas de Chapultepec a las zonas marginadas de Copilco y de los Jardines del Pedregal a las cuevas de la misma Delegación de Álvaro Obregón, se puede apreciar cómo se construye sin ton ni son y cómo se eliminan espacios abiertos otrora ocupados por milpas, huertas y terrenos donde se alimentaban distintos

animales domésticos. La República y sus ciudades viven una modernización cuyo valor máspreciado es parecerse lo más que se pueda a los Estados Unidos. De otra manera, ese cambio no sería otra cosa sino un fracaso.

Las ciudades viven bajo una combinación de gustos y disgustos. La arquitectura pasa de lo sublime a lo ridículo y viceversa al combinarse estilos tan individualizados como las mentes de quienes los patrocinan. Es prácticamente un común denominador la especulación con la propiedad de la tierra y, sobre todo, con los predios urbanos. Se multiplican viviendas de diferente índole, industrias, comercios y casi nunca se toman en cuenta las necesidades de los transeúntes, de la ciudadanía de a pie. México crece hacia arriba y hacia los lados, pero rara vez se piensa en la posibilidad de construir banquetas.

Una parte de la sociedad mexicana abraza jubilosamente el impacto de la modernidad mientras esta sólo sea para garantizar sus ya de por sí amplios beneficios. Las nuevas clases urbanas disfrutaban las luces de la ciudad y, cuando la temporada así lo amerita, se aglutinan para ver al Santaclós que ríe a carcajadas en el escaparate de Sears. Avenidas y calles se llenan de vehículos y anuncios en los cuales ya es posible advertir con una pésima redacción y peor ortografía mensajes que combinan el inglés y el español.

Es en este contexto donde los personajes de Pacheco se encuentran. Van y vienen a la ciudad y salen siempre con ella auestas. En sus trayectos, personifican la mutación de la sociedad a la cual pertenecen con sus grandes expectativas, sus morales, sus miedos, sus riesgos, sus esperanzas e ilusiones, siempre con el afán de comprender lo que les rodea, ya para salir adelante, ya para sobrevivir ante las inclemencias de su vorágine. Pacheco sublima la sociología en una narrativa impecable. 